

---

***Perfiles  
de Rulfo***



---

---

## Perfiles de Juan Rulfo

---

---

Al hablar de Juan Rulfo se nos presenta una historia de incógnitas y laberintos, o quizá muchas historias con múltiples introducciones y finales inesperados. Cada vez que lo encuentro me parece más difícil, más humano, más contradictorio al mismo tiempo. Creo que cada día fuma más, mañana y tarde con el cigarrillo entre los labios. El tono de su voz es inconfundible —seco, telúrico—, con ese mismo tono que tienen sus personajes literarios. Lo conozco desde hace más de veinticinco años y siempre me ha dado la impresión de que él mismo es un personaje de *Pedro Páramo*, o de *El Llano en Llamas*; es decir, Juan Rulfo es un personaje de Juan Rulfo. Oscila de las frases más sencillas a la palabra cáustica y de ambiguos significados; va de alguna cita bíblica matizada por voces populares a las capillas en los grandes atrios descritas por algún cronista de las Indias en el siglo XVI.

Además de su cigarrillo, no se puede separar de su vaso de agua mineral. Parece que así se defiende de los demás, que así puede esconder mejor sus pensamientos esenciales o algún sentimiento imprevisible que estuviera a punto de irrumpir. Siempre se queja, ya porque fulano le hizo una trastada en alguna entrevista, ya porque zutano es un *tracalero*; sin embargo, no es difícil descubrir, cuando el oído se acostumbra al tono jalisciense, que en realidad se está burlando de sí mismo, del mundo, de las *politiquerías* de todos los días. Pero no se trata de quejas en voz alta, es como si la muerte —en muchas de sus representaciones— siempre lo acompañara; las quejas esconden lo que se encuentra más allá de esta vida, allá donde las utopías y los infiernos tienen sus génesis y sus apocalipsis, donde sus personajes caminan entre muertos de hace muchos años por algún pueblo abandonado, por algún caserío donde los resucitados recuerdan las historias más antiguas y dicen la última palabra.

Muchas tardes camina por la Avenida Insurgentes, a unas cuantas cuadras de su casa en el sur de la ciudad de México. Camina con despreocupación y habla muy bajo, como la gente de su pueblo de Jalisco. Visita muy seguido las librerías de la colonia San José Insurgentes: siempre compra discos o casetes. Además de la fotografía —Juan Rulfo es un artista de la cámara—, se puede decir que en los últimos años su otra gran afición —la música clásica— lo ha transformado en un musicólogo. Con sencillez, sin pretensiones de ninguna especie, habla de tal partitura de Bach, de tal concierto de Mozart o de los extraordinarios aportes de Gustav Mahler.

Sus itinerarios no están reducidos al sur de la ciudad de México. De cuando en cuando va a Guadalajara o acepta alguna invitación para asistir a un congreso en Madrid o una feria del libro en Buenos Aires. Así como rechaza entrevistas sin la menor duda las acepta con generosidad; todo depende de su estado de ánimo o del buen amigo que lo acompañe. Nunca está dispuesto a dejarse engañar por los bribones

o los oportunistas. Enemigo de la adulación, se exaspera en silencio con los tontos y se burla de los pedantes. Juan Rulfo es siempre Juan Rulfo, aislado, ajeno a las multitudes, gran amigo de sus amigos, seco y solitario, en guardia con los teorizantes y los que quieren pontificar sobre cuestiones literarias o políticas.

Cualquiera que haya escuchado su voz sabe muy bien que nunca la olvidará. Sobre todo cuando lee con maestría su cuento *Y diles que no me maten*. Al recibir el Premio Jalisco, en el teatro Degollado de Guadalajara, leyó ese cuento y quizá, sin quererlo, ganó los más grandes y entusiastas aplausos. Y cada vez que lee un mismo fragmento parece una versión distinta, con esa voz que da la impresión de venir de muy lejos, precisa, sobria, distante y humana al mismo tiempo. En las pocas conferencias que imparte es muy parco, y gusta más de las preguntas, de un verdadero diálogo, que de las intervenciones largas. Con el tiempo se descubre que el autor de *Pedro Páramo* tiene su propia teoría respecto a la literatura, y específicamente sobre la novela y el cuento.

Todos sabemos que Pedro Páramo es un cacique: hijo, nieto, descendiente de caciques que parecen originarse en el fondo de los tiempos. Sin lugar a dudas que la historia entera de México —su estabilidad, sus injusticias, sus grandes fracturas— tienen que ver con el caciquismo. Cada cacique domina una región y el Estado la deja en sus manos para no tener problemas; el cacique es un Estado dentro del Estado. Y eso es Pedro Páramo, piedra en un páramo.

«Yo les recomiendo a mis lectores tres lecturas de la novela, porque la primera parece complicada, pero la tercera lectura tan sencilla, tan simple...» Ha dicho alguna vez Juan Rulfo, sin inmutarse, con ese tono donde se confunde la broma con la seriedad, donde él deja que los demás opinen lo que quiera, que le den vuelo a su imaginación. Asegura que todo creador es un mentiroso: la literatura es mentira, pero de esa mentira sale una recreación de la realidad. Y para Juan Rulfo, recrear la realidad es uno de los principios fundamentales de la creación.

Hay que recordar que *Pedro Páramo* y *El Llano en Llamas* representan un largo camino de la literatura mexicana. Sin las obras de Mariano Azuela, de Agustín Yáñez o de Juan José Arreola, entre otras, no se podría explicar esa trayectoria extraordinaria de la narrativa jalisciense que llega a su cima con Juan Rulfo. Y además de los antecedentes más propios y naturales están las voces de Knut Hamsun, Selma Lagerloff o William Faulkner. Y todavía, para no olvidarnos de otras influencias esenciales, se podrían señalar algunas crónicas de conquistadores o evangelizadores, esa historia de engendros y maravillas que va de Bernal Díaz del Castillo a Fray Bernardino de Sahagún o de Pedro Mártir de Anglería a Fray Bartolomé de las Casas.

Al volver una y otra vez a Pedro Páramo —un rencor vivo que vive entre muertos que no retoñan—, a aquel pueblo abandonado y desértico «sobre las brasas de la tierra, en la mera boca del infierno», a Comala, donde todos los personajes están muertos, Juan Rulfo ha afirmado que el personaje estuvo muchos años en su cabeza, muchos años en su imaginación. No sabía el escritor cómo decirlo, cómo describirlo; era una idea que a lo mejor venía desde su infancia, de ese tiempo que es el más permanente en las mejores páginas de muchos escritores.

Juan Rulfo nació casi al final de la década más violenta de la historia de México —en 1918—, en el sur del estado de Jalisco; nació en una época en que miles de

hectáreas fueron productivas y que ahora están totalmente erosionadas; ahora sólo existen pueblos abandonados porque su gente tuvo que partir a ganarse la vida en otra parte. Muchos de los indocumentados que viven en las regiones fronterizas de Estados Unidos con México salieron de aquellos pueblos solitarios de Jalisco, de aquellas casuchas miserables y de tantas tierras desgastadas.

A pesar de que Rulfo ha insistido en que él nunca ha escrito una literatura testimonial, de que «el personaje Pedro Páramo es una idea mía; yo no puedo trabajar con personajes conocidos, con gentes reales», toda esa recreación, esa reelaboración de una parte de Jalisco y, sobre todo, ese lenguaje traspuesto, reinventado, quiérase o no tiene un antecedente real, ya sea en la narrativa jalisciense de más de medio siglo, ya en la infancia y adolescencia del mismo escritor. Se trata de la recreación de un ambiente que se ha vivido con intensidad, que una y otra vez aparece en los insomnios y en las pesadillas.

Los personajes, el lenguaje, el ambiente rural, han sido contruidos por Rulfo conservando un equilibrio magistral. Con estos tres puntos de apoyo —la historia e interioridad del personaje, la recreación de los entornos y las palabras del narrador— el escritor no pierde jamás la dimensión de lo extraordinario. Imaginémoslo hace más de treinta años, con sus noches de desvelo, con sus tardes solitarias, él solo frente a la hoja en blanco y lápiz listo para gozar y sufrir con cada frase; nunca silencia ese temor que lo acecha, que parece morderle las palabras. Balancea su cuerpo pequeño, de apariencia frágil, como si con ese movimiento continuo se ayudara para expresar sus ideas, para escribirlas con más precisión. Una y otra vez vuelve al protagonista —«no dormía, se había olvidado del sueño y del tiempo...»—, rehace sus gestos característicos y la atmósfera, la luz o la oscuridad, todo forma parte de ese personaje; poco a poco adquiere vida propia y el escritor lo sigue sin descanso, toma su propio camino y al fin parece que se ha separado del autor.

Al hablar de los cuentos o de la novela de Rulfo debemos separar la mentira de la falsedad. Una cosa es distorsionar, ennoblecer, magnificar la realidad y otra cosa muy distinta es separar el contenido de la forma; es muy distinto darle vuelta a la realidad que darle la espalda; la falsedad no sólo es la deformación de determinados hechos: es llenar esos hechos de máscaras, de frases ajenas, de atmósferas que nada tienen que ver con la historia de un personaje. Al fin de cuentas se trata de la discusión eterna del contenido y la forma y el verdadero artista —el gran creador que es Rulfo— debe tener siempre presente que jamás debe abandonar sus propias voces, las interiores, las profundas, las intrínsecas.

El escritor jalisciense no es de los que defienda «la gracia de la inspiración»; él sabe muy bien que el asunto de escribir es una cuestión de trabajo. Por eso cada obra, cada cuento, cada capítulo han sido el producto de muchos ires y venires a lo largo de un par de décadas. El conoce perfectamente que cuando el personaje se mueve por sí mismo, cuando de pronto aparece, entonces va surgiendo el peso de cada palabra. No se trata de una copia del lenguaje de la realidad, es la síntesis de un lenguaje recreado. Las voces, los giros, las consejas populares se transforman y se elevan a planos superiores.

Por otro lado, es difícil entablar conversación con la gente de aquellos pueblos del

sur de Jalisco. Muchas veces no responden a las preguntas de sus mismos paisanos. Su hermetismo viene de siglos y en muy raras ocasiones dan a conocer sus biografías. Por eso, *Pedro Páramo* se iba a titular *Los murmullos*; se refería fundamentalmente a esa forma de hablar: suave, quedo, despacio, en voz baja, que sólo unos cuantos escuchen, que jamás las palabras de los extraños interrumpían el sosiego de nuestros vivos y que jamás interrumpían la paz de los difuntos.

Además del gran desafío en torno a la recreación literaria, la visión de Rulfo respecto a México sigue la línea de los narradores de la Revolución; es una visión profundamente escéptica, cargada de muchos desengaños. Desde sus cuentos *Nos han dado la tierra*, *Diles que no me maten* o *El día del derrumbe* se pueden destacar, sin la menor dificultad, algunas críticas sin concesiones a la situación política. Recuerda a los puntos de vista de Mariano Azuela, de Martín Luis Guzmán o de José Revueltas. «Ya te he dicho que hay que estar con el que va ganando», dice Pedro Páramo sin el menor empacho; «¿para qué crees que andas en la Revolución?, si vas a pedir limosna estás atrasado...» le dice el cacique de la Media Luna a un supuesto revolucionario. En este sentido, Rulfo no se aparta de las críticas constantes a los traidores y a los oportunistas, pero siempre cuidando que la mirada del artista esté presente con su propio lenguaje y su ambiente cargado de sueños y resurrecciones.

El antecedente inmediato de *Pedro Páramo* es el cuento *Luvina*; en éste se presenta un pueblo abandonado, solitario, donde parece que sólo salen voces de las tumbas. Todos los personajes están ubicados en un pueblo desértico y los únicos que hablan son los muertos; los mejores testigos son las piedras y las casas desoladas; a veces parece que también habla el viento como una presencia extraña del mundo de los vivos. De inmediato salta a la vista lo que muchos teóricos de la literatura han expuesto en muchas páginas. Se nos presenta de golpe el llamado realismo mágico, lo real maravilloso, la vinculación entre la magia y la realidad, la literatura y lo inverosímil. Quizá Rulfo piense que todas estas cosas son «puros inventos», que está muy bien para los que se quieran divertir, pero la verdad es que están muy distantes de sus propósitos iniciales como escritor.

«Me han dicho que hay profesores que andan buscando Comala. Y claro, están perdidos porque nunca lo encuentran. Y buscan los pueblos que menciono en mis cuentos y no existen. Van a ver a mis hermanas que viven por allá y les preguntan “¿dónde queda este pueblo?, ¿quién era este personaje?”, y ellos les responden: “«mi hermano es un mentiroso, no hay nada de eso”» me ha dicho Rulfo alguna vez, como si tuviera muchas ganas de burlarse de los pretenciosos que siempre quieren encontrar lo inexistente en donde sólo la imaginación y la realidad se han vinculado para trabajar durante muchos años en unas cuantas páginas verdaderas.

Sin lugar a dudas que para Rulfo el acto de escribir representa una gran angustia; el papel en blanco espera a solas durante mucho tiempo y el escritor no sabe qué hacer. Él piensa en aquellos que no saben de literatura y creen que un libro sólo refleja una historia real, que el escritor narra hechos que ocurrieron con personajes que existieron. Y se equivocan: un libro es una realidad en sí —piensa Rulfo— aunque mienta respecto a la otra realidad. Y ahí está el escritor, fumando un cigarrillo tras otros, y

mirando la hoja en blanco y yendo y viniendo de un personaje a otro, de una palabra a otra y sin encontrar el tono, el diapasón, para la historia de sus protagonistas.

El recordar los treinta años de *Pedro Páramo* significa sacar a la luz el erotismo trascendental, distante, de los sueños que se desvanecen por todo el cuerpo magnífico de Susana Sanjuán o el resentimiento agazapado, la impotencia de saber que la venganza estará siempre lejos —placer de dioses—, esa frustración eterna de Fulgor Sedano; también es la ambivalencia del padre Rentería o las reminiscencias de Eduviges, de Damiana o de Dorotea como si sintiesen todavía la figura de Pedro Páramo junto a ellos. Se sabe que Juan Rulfo eliminó cerca de un par de centenares de folios, que tenían, según él, muchas explicaciones más propias de un ensayo que de una novela. Quería que el lector participara y que todos nos diéramos cuenta, por ejemplo, de que Susana Sanjuán es la mujer que hemos soñado, ese paraíso que muy pocos alcanzan... Pedro Páramo no la alcanza nunca, se queda con las manos vacías como un pago por una de sus tantas culpas.

Entre los distintos planos temporales y los lenguajes que se entrecruzan, en *Pedro Páramo* se desarrollan varias historias con diferentes voces que van contando y recreando pasaje tras pasaje. El fin de Pedro Páramo es una muerte simbólica, quizá el fin, en una sola región del dueño de haciendas y de vidas. Su muerte no representa sólo el fin de un mundo antiguo; es la otra cara de la Revolución, es el señor que estaba detrás de unos y otros, y entre sus muros, al parecer eternos, de la Media Luna. Es la justificación para la existencia de las otras vidas: sus hijos, sus secuaces, sus siervos, la resurrección de las mujeres que alguna vez gozaron en la plena oscuridad algo de su lujuria. En esta obra la palabra es un instrumento para construir un lenguaje, una palabra que tiene sus antecedentes en la trayectoria de la narrativa jalisciense y en la vida misma del autor. Es una literatura, la de Juan Rulfo, con *historia* y con personajes de carne y hueso donde la imaginación siempre está circulando. El escritor sabe que la imaginación es infinita, no tiene límites, y que se debe romper donde se cierra el círculo; hay una puerta, puede haber una puerta de escape, y por ese lugar hay que desembocar, hay que irse. Además de la imaginación, el creador trabaja con su propia intuición y con un puñado de verdades aparentes.

A lo largo de estos últimos treinta años, *Pedro Páramo* renace con más intensidad todos los días. Es un caso único en la literatura universal: es como si Rulfo tuviera más éxitos, año tras año, al no volver a publicar otra novela. *Pedro Páramo* no conoce el descanso; va de un continente a otro, lo discuten en varios idiomas y las interpretaciones en torno a sus delirios no tienen límites. Y otro aspecto singular es que sólo ha tenido discípulos fallidos. Los seguidores jamás superaron al maestro y buscaron otras vías literarias. Es decir, *Pedro Páramo* es el punto final de un largo camino.

Sin alardes, como si los elogios pertenecieran a una región catacúmbica, Juan Rulfo continúa con su trabajo de siempre en el Instituto Nacional Indigenista; edita libros de historia y de antropología, escucha a sus músicos favoritos o habla de los desafíos de su futuro inmediato. Quizá en una librería de la Avenida Insurgentes, esta misma tarde, conversó con algunos amigos sobre una antigua fotografía —«las imágenes de esos muros son extraordinarias, están plagados de esa piedra gris con la que hacen la cal; es como la piedra cruda, el aire y el sol se encargan de

desmenuzarla...»— y después explique algunos compases de *El pájaro de fuego* de Stravinsky dirigido por Karajan. Terminará su agua mineral, apagará su cigarrillo *Delicado* con las ganas de prender el siguiente y, como tantas otras veces, saldrá de la librería para adueñarse de algunas sombras noctámbulas de la Avenida Insurgentes.

ARTURO AZUELA  
*Tecoyotitla, 310, casa 18*  
*Colonia Florida*  
010030 MEXICO 20 DF  
(México)